

SOCIEDAD IMAGINADA: LA ISLA DE CUBA EN EL SIGLO XIX.

MARÍA DEL CARMEN BARCIA ZEQUEIRA.
UNIVERSIDAD DE LA HABANA.

RESUMEN

Estudio de frases y tópicos por los que era conocida la isla de Cuba durante el siglo XIX. Análisis de los orígenes de frases como “la Albión de América”, “La Siempre Fiel Isla de Cuba”, “La perla de las Antillas”, “La llave del Golfo”; de sistemas como la esclavitud, las plantaciones, el mestizaje, la idea de la muerte, y el mito de la mulata. Concluye que tanto viajeros, como literatos e incluso sus propios habitantes generaron sobre esta sociedad sumamente compleja una serie de ideas, acuñaron imágenes y difundieron expresiones a partir de formas particulares y subjetivas de apreciar la realidad.

ABSTRACT

This is an study of phrases and topics by which was known the Cuba island during the XIX century. Analysis of the origins of phrases such as “la Albión of America”, “La Siempre Fiel Isla de Cuba”, “La perla de las Antillas”, “La llave del Golfo”: of systems as slavery, plantations, miscegenation, the idea of death, and the myth of mulatto. It is concluded that travelers, and well-read, even the own inhabitants, generated upon this extremely complex society, a series of ideas, coined images, and spread expressions from subjective and particular forms of envisaging reality

Albión de América, Llave del Golfo, Siempre Fiel, Perla de las Antillas, fueron frases utilizadas, desde la otredad, para calificar a la Isla de Cuba durante un largo período de tiempo, que comenzó a esbozarse a finales del siglo XVIII y se extendió durante todo el XIX. Esos criterios fueron aceptados y también proyectados, fuera y dentro del territorio, por los criollos primero y los cubanos después, con esa característica tan propia de nuestra idiosincracia que es la exageración: - en Cuba no tenemos una buena playa, sino la mejor del mundo; un hotel adecuado, sino el más confortable: un restaurante grato, sino el que ofrece platos más suculentos -. Por esas y otras razones, siempre interesadas e intencionadas, ese imaginario paradisiaco, construido desde fuera, fue repetido hasta la saciedad también por los habitantes de la Isla.

Estas frases, no del todo inciertas, tenían su parte de verdad y su mucho de invención, o ¿por que no?, de desconocimiento, para reflejar una sociedad sumamente compleja, tanto por su composición como por su desenvolvimiento. Dos corrientes inmigratorias esenciales conformaron nuestra población, españoles y africanos, a ellas se sumaron pequeños grupos de chinos, ingleses, franceses -sobre todo los procedentes de Saint Domingue, cuando en esta estalló la revolución-, italianos y alemanes. Pero fueron los andaluces, canarios, catalanes, gallegos, asturianos, vascos y los lucumíes, congos, carabalíes, mandingas y muchas más etnias africanas y sujetos procedentes de las diversas regiones españolas, los que conformaron nuestra base cultural .

No por casualidad Fernando Ortíz se valió de un símil para definir la cubanía: una olla donde se cocía, a fuego muy lento, un ajiaco, al que se incorporaban continuamente nuevos elementos. Así se fraguó, durante cuatro siglos, la identidad cultural cubana. Pero importante para el sabor específico de ese cocido fueron, no sólo los elementos que lo compusieron, sino el orden y la manera en que fueron echados a la olla. Las culturas tienen fundamentos tempranos que las definen, éstos pueden enriquecerse o no pero son los que establecen esa diferencia sutil que da el sentido de pertenencia. De igual forma que el individuo asimila en la niñez y la adolescencia patrones que forman su personalidad, la sociedad asume, en etapas muy tempranas, los rasgos culturales esenciales que la caracterizarán. Por eso el cubano tiene mucho del gracejo del andaluz y del ritmo del africano, de la cadencia al hablar del canario, y a veces también -a pesar de nuestra aparentemente inalterable humor-, de la morriña del gallego, que en Cuba denominamos “gorrión”.

LA ALBIÓN DE AMÉRICA.

Pero volvamos a la primera frase acuñada por el Abate Raynal, la de “Albión de América”. Se refería en ella a la posibilidad plantacionista que despertaba a finales del siglo XVIII y a lo que la posesión de una colonia tan rica, podía significar para cualquier metrópoli europea.

En 1759 en la Habana había 90 ingenios de azúcar que aumentaron a 97 en 1761¹, el número de esclavos utilizados por unidad era de 20 a 30, lo cual permite estimar que sólo en la capital y en el ramo azucarero trabajaban, aproxima-

¹ Archivo Nacional de Cuba. Miscelánea de Libros nº 2646. "Libro de carga y data de los propietarios azucareros que contribuyen con el 5% al Rey".

damente 20 000 negros.² Las potencialidades de desarrollo de la plantación, con vistas al mercado mundial eran ya evidentes para algunos países europeos con colonias en las Antillas, fue esa la razón por la cual los ingleses decidieron ocupar la Habana en 1762. Ya imaginaban a Cuba con las posibilidades de constituirse en uno de los más ricos enclaves de América, como en realidad llegó a serlo. Durante su corta ocupación de la Habana contribuyeron a desatar muchos mecanismos económicos que favorecieron el desarrollo de la trata negrera, pero también despertaron pasiones insospechadas para sujetos que, supuestamente, se caracterizan por una proverbial mesura. Por aquellos tiempos surgió una copla muy sugerente que no resultaba nada chistosa para una sociedad donde la razón de masculinidad entre los blancos era de 150 hombres por cada 100 mujeres:

Las muchachas de la Habana
no tienen perdón de Dios
pues se van con los ingleses
tras los bocoyes de arroz.

Desde el surgimiento de la producción intensiva con trabajo forzado, hasta el cese de la trata legal, el desarrollo de la plantación fue muy dinámico. La oligarquía criolla, fundamentalmente la del occidente del país, contaba con suficiente capacidad económica como para poder invertir en el fomento de la industria. Por otra parte, las condiciones naturales del territorio buenos suelos para el cultivo y excelentes puertos para el comercio suministraban la base imprescindible para el adecuado desarrollo de este tipo de producción. Para ello solo se necesitaba garantizar mano de obra y mercados a los cuales vender el producto. Cuando tras el estallido de la revolución en la colonia francesa de Saint Domingue se produjo la ruina de sus espléndidas plantaciones de azúcar, café y algodón, la oligarquía del occidente de Cuba vio una coyuntura propicia para convertir a la Isla en la suministradora de esos productos al mercado mundial. En un lapsus relativamente breve, sustituyó a Saint Domingue como proveedora de azúcar y en cierta medida de café. En poco tiempo la producción cafetalera de Cuba se elevó de 910 a 18 200 toneladas al año³ y su producción azucarera alcanzó, en 1792, las 38 500 toneladas. Por esa fecha en la Isla se habían fomentado 529 ingenios, había aproximadamente 80 cafetales y se mantenía en la esclavitud a 84 590 negros que constituían el 31,1% de su población.

² Fe Iglesias, La Tierra en el "país de la Habana" en la primera mitad del siglo XVIII, pag. 13, inédito, puede consultarse en la biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, la Habana.

³ Francisco Pérez de la Riva, El café, historia de su cultivo y exportación en Cuba, la Habana, J. Montalvo, 1944, pag. 28.

Pero la plantación necesitaba más esclavos y estos fueron suministrados por la trata trasatlántica, -legal hasta 1820 e ilegal después-, que los traía en condiciones infrahumanas desde el continente africano. La Isla se pobló de negros que llegaron a constituir, en 1841, entre libres y esclavos, más del 50% de la población. Para los años ochenta del siglo eran sólo un 32%.

La Albión de América fue mestiza y se desarrolló a partir de parámetros de producción especializada que comprometieron su posterior desarrollo. Se levantó sobre pies de barro, por lo cual esa frase altisonante que la calificaba, sólo convino a una clase, y representó un momento, afortunado para la oligarquía criolla y terriblemente desgraciado para las masas de negros y mestizos esclavizados que construyeron, sobre la base de una explotación inmisericorde, el poderoso poder de esa minoría y un modo de vida envidiable para los habitantes de la propia Metrópoli.

LA SIEMPRE FIEL ISLA DE CUBA.

Fue una frase acuñada a partir de la ausencia de la Isla en el movimiento independentista de la América Latina continental en los años veinte. La oligarquía criolla, tal vez para convencerse de que era cierta, se encargó de repetirla hasta la saciedad y de acuñarla en cuanta publicación pudo, porque en definitiva calificaba una actitud, la de aquellos que no habían transgredido las normas del poder político establecidas por España. Los sectores dominantes se manifestaron muy temerosos de que un movimiento separatista pudiese ser acompañado por la subversión social, en un contexto sumamente peligroso debido al importante número de esclavos y libres “de color” que en esos momentos constituían, aproximadamente, el 55% de su población.

Por esa y otras razones se apuntaron a la vía reformista que debía permitirles conseguir, desde el poder, las transformaciones que necesitaban, a cambio de una supuesta lealtad política

¿Pero quienes eran realmente los “siempre fieles” en estos años veinte?, ¿las capas populares o las familias que formaban parte de la oligarquía?. Los ricos criollos tenían, por esos años, una situación de privilegio, la administración colonial respondía a sus intereses económicos, muchas de sus familias más importantes formaban parte de la aristocracia española y también del poder político peninsular, Francisco Díaz de Pimienta llegó a ser Almirante de la Real Armada y Virrey de Sicilia, Gonzalo O’Farrill y Herrera, miembro de una de las más rancias familias criollas, fue dos veces Ministro de Guerra, en tanto él,

Calvo de la Puerta y el conde de Santa Cruz, fueron Mariscales del Ejército Español y Francisco de Arango y Parreño, Consejero de Indias.

Pero la “fidelidad” no es prerrogativa de una clase, por esa razón, desde la primera decena del siglo XIX, hubo diversos movimientos subversivos, estos partieron de las capas medias, en ellos participaron, dirigiéndolos o apoyándolos, integrantes de los sectores negros y mestizos, tanto libres como esclavos. Los primeros, sobre todo, habían logrado una presencia económica importante por sus oficios y profesiones y muchos de ellos formaban parte de los Batallones de Pardos y Morenos Libres, lo cual les posibilitaba portar armas y tener cierto entrenamiento militar. El más paradigmático de estos intentos fue acaudillado en 1812 por el moreno José Antonio Aponte, pero ese intento fue subvertido y aplastado desde el poder, y culminó con un sangriento espectáculo aleccionador, más propio de sociedad feudal que de una, como la cubana, que en muchos aspectos se manifestaba como abanderada de la Ilustración. Aponte murió agarrado y su cabeza fue exhibida, en una jaula, durante muchos días, como un escarmiento de lo que podía ocurrir a todos aquellos que intentasen transgredir las normas instituidas. Otras sublevaciones se desarrollaron, entonces y después a lo largo de la Isla, pero todas ellas fueron controladas desde el poder. La Siempre Fiel, debió serlo a golpe y porrazo y tuvo que desarrollar, tras la imposibilidad de obtener reformas por la vía pacífica dos guerras, para ser independiente.

LA PERLA DE LAS ANTILLAS.

Fue una frase que trató de reflejar una riqueza sustitutiva. Tras la pérdida de la América continental, España pasó a ser una potencia de segundo orden, cuyo otrora imperio transoceánico había quedado reducido a un puñado de islas y archipiélagos -Carolinas, Marianas, Filipinas y tres islas antillanas-. De todas ellas Cuba era la más próspera, se la conceptuaba como la primera exportadora de azúcar a nivel mundial, elaboraba el mejor tabaco del mundo y todavía, por esos años, era poseedora de una apreciable producción cafetalera.

Las capas dominantes de la sociedad insular cubana eran muy poderosas debido a su riqueza, estaban integradas por cubanos y españoles dueños de ingenios, de almacenes de azúcar, de transportes marítimos y ferroviarios, tenían negocios e intereses en los países más importantes, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y también, desde luego, en España. Hacia la península se estaba produciendo desde los años cuarenta del siglo XIX un importante trasvase de

capitales, en el cual participaba, a través de testaferros, hasta la propia reina María Cristina, las Cajas de Cuba pagaban muchos de los caprichos de la monarquía española.⁴ Esto hacía que, indiscutiblemente, la Isla fuese una perla para su corona. Los ricos habitantes de Cuba daban por bien empleado el dinero que le costaban sus privilegios, porque ello les permitía ostentar liberalidades de muy diverso tipo.

Pero a finales de los años treinta algunas cosas comenzaron a cambiar, la Isla dejó de tener representación en las Cortes, debió regirse por Leyes Especiales que nunca se escribieron, y trató de ser ubicada en el lugar que, de acuerdo a la administración metropolitana de ese momento, debía corresponder a una simple colonia. Nada de eso resultó fácil y muchas cuestiones de esos años se reflejaron de manera proverbial en la disputa por los símbolos en los espacios públicos en la que rivalizaban las élites españolas y las criollas: Si el Capitán General remodelaba la Plaza de Marte, e inclusive daba su nombre a una de las puertas de acceso, cuestión que motivó los siguientes versos:

Con el nombre respetable
De Hernán Cortés y Colón
Ha confundido Tacón
El suyo, tan detestable.
Más imprudencia no es dable,
En su orgullo, y sus detalles
Extraño es, de que en los valles
No lo mandara poner
Como se ha llegado a hacer
En puertas, plazas y calles.⁵

El Intendente de Hacienda, Claudio García de Pinillos, conde de Villanueva, levantaba la Fuente de la India; si el primero construía el Teatro Tacón, el segundo erigía la Estación de Villanueva, a la que obviamente también daba su nombre. Pero al menos esa disputa por espacios y símbolos de poder, legó a la ciudad algunos monumentos que todavía se conservan.

Los años pasaron y en los sesenta, tras la Guerra en Africa, la del Pacífico, la de Santo Domingo, los avatares con Maximiliano de Austria en México apo-

⁴ Para este aspecto resulta muy interesante el libro de Cayuela, José A. Bahía de Ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. Madrid. 1993.

⁵ "Deshago poético de un habanero". 1838. En: Chateloin. Felicia. La Habana de Tacón. Editorial Letras Cubanas. la Habana. 1989. p. 88.

yados por Prim, en fin, de los diversos intentos de las clases militares españolas de reformular su poder y alcanzar supremacía a partir de la reconstrucción de un imperio imposible de alcanzar a la altura de ese momento histórico, la situación comenzó a variar para la “Perla de las Antillas”. Todas esas aventuras, de escaso éxito, fueron costeadas con las llamadas Cajas de Ultramar, que no eran otras que las cubanas, la Isla empezó a transitar por un proceso de endeudamiento que alcanzó, tras la Guerra de los Diez Años, proporciones insospechadas. Expoliada por sujetos y sectores que sólo pensaban en sus negocios particulares, sin tener en cuenta el porvenir económico y político de la Isla Cuba, la economía de ésta comenzó a descender por una pendiente difícil de controlar. El imaginario popular captó de inmediato, la situación y la reflejó, de manera muy gráfica en los siguientes versos:

La perla de las Antillas
Es una Antilla sin perlas
le han metido en las costillas
numerosas “cuentecillas”
falsas que no hay más que verlas.⁶

LA LLAVE DEL GOLFO.

Lo fue Cuba, para España primero, por constituir el enclave necesario para reunir su Flota de Tierra Firme en los siglos XVI y XVII; pero la frase fue acuñada más tarde, por los intereses hegemónicos de los Estados Unidos y por aquellos que, consciente o inconscientemente, veían en ella una forma chovinista de proyectar la importancia de un territorio que era sólo, para los norteamericanos, el límite de su última frontera. La particular posición de Cuba en el Golfo de México, punto intermedio entre el sur y el norte y vínculo de conexión entre Antillas Grandes y pequeñas, hizo que la Isla fuese considerada como la llave para acceder a esos espacios y la imagen se hizo tan popular entre los separatistas cubanos que constituyó, junto a la palma real y las franjas de la bandera, uno de los símbolos del escudo nacional cubano.

Tal vez hoy en día, en una época caracterizada por el desarrollo electrónico y los satélites artificiales, no resulte tan importante la circunstancia geográfica de constituir una vía para acceder a puertas disímiles, aunque todavía los corredores aéreos deban pasar por ella.

⁶ “Epístola”, en: Romero y Fajardo. Brochazos y Pinceladas. la Habana (s/e). (s/a).

Esta ubicación en medio del mar, controladora del Caribe, del Golfo de México y del paso hacia el sur resultó, no sólo útil sino rentable y estratégicamente imprescindible para el control económico, político e inclusive militar del área. De Cuba partieron las tropas a Santo Domingo en 1863, a México por la decisión de Prim de auxiliar a Maximiliano de Austria, tres siglos antes lo habían hecho a esa misma región, cuando Hernán Cortés se decidió a transgredir lo establecido y se lanzó a la conquista de lo que después se denominó Nueva España. También tuvo un alto costo político por el emplazamiento de “carbonearas” a principios del siglo XX, es decir, de bases militares norteamericanas, una de las cuales todavía existe en Guantánamo.

De todas las visiones de la otredad, la frase Llave del Golfo, a pesar de implicar cierto determinismo geográfico, es la más objetiva y real de todas las construídas con respecto a Cuba.

LA SOCIEDAD VISTA DESDE AFUERA

No se limita a frases construídas, aprisiona múltiples imaginarios que para los extranjeros e inclusive para muchos cubanos que vivieron la mayor parte de sus vidas fuera de la Isla, conformó definiciones, acuñó imágenes y difundió expresiones a partir de particulares y subjetivas formas de apreciar la realidad. De esta forma se convirtió en general una mirada particular sobre un asunto y se trasladaron a la sociedad en su conjunto, interpretaciones y apreciaciones parciales o particulares.

Con respecto a Cuba los “viajeros”, -turistas de aquella época-, y los propios cubanos que regresaban tras largas ausencias, acumularon y asumieron percepciones permeadas por diversos niveles de conocimiento, diferentes experiencias anteriores, o por localismos que reprodujeron visiones sobre los mismos temas; de esta forma se construyó una imagen sobre lo que se consideró la realidad de la Isla. Elementos comunes fueron su impresión sobre las ciudades, sobre todo la que les causaba la Habana, con respecto a los espectáculos públicos, generalmente bailes, paseos, bandas de música en las plazas, funciones de teatro; pero también de los juegos como los toros y las lidias de gallos. Observaban con curiosidad el comportamiento de las mujeres en la esfera privada y en la pública, y una parte apreciable de ellos estableció comparaciones entre las blancas, negras y mestizas, al margen de cualquier consideración clasista, lo que ha producido numerosos errores sobre el real comportamiento de éstas. Muchos se refirieron a la ausencia de libertades políticas, a la escasa participa-

ción de los cubanos en la administración. Pero sobre todos estos temas, tratados por unos o por otros, una cuestión, interpretada desde diversos puntos de vista, se manifiesta como constante: la esclavitud. Y es que esta forma de sometimiento había permeado las bases y los poros de la sociedad cubana durante cuatro siglos.

Analizaremos este último aspecto y trataremos de relacionarlo con otros a lo largo de esta limitada exposición que no permite, desde luego, el abordaje de todas las cuestiones observadas por los múltiples visitantes importantes que estuvieron en la Isla en el siglo XIX.

El impacto cuantitativo de la esclavitud de plantaciones, que se desarrolló en la Isla a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, constituyó un poderoso núcleo de atracción para los viajeros. Muchos de ellos venían de sociedades donde no existía esta forma de coacción, otros la conocían en formas que consideraban más crueles y opresivas, algunos tenían noticias sobre ella que trataban de corroborar, los menos llegaban con una intención premeditada, la de informar a sus respectivos gobiernos.

Casi todos los viajeros que visitaron la Isla tuvieron la oportunidad de ser invitados a ingenios y cafetales y pudieron ver la forma en que se trabajaba en estos enclaves. El trabajo más duro era el de las fábricas de azúcar. Durante la zafra el trabajo solo se detenía durante las paradas técnicas de los domingos, el día llamado así, no se correspondía necesariamente con el del calendario, podía ser cada 10 jornadas y no tenía que coincidir forzosamente con el día "real" de la semana, durante éste se limpiaban las maquinarias para eliminar el proceso de fermentación espontánea, que era la causa de grandes pérdidas de sacarosa, es decir se paraba para quitar los agrios; el corte de caña se reducía a la mitad y una parte de la dotación trabajaba lavando los molinos y maceras, raspando las pailas y calderas, acarreando bagazo seco y poniendo a secar el verde, y también en las otras labores de limpieza, ordenamiento y reparación.

El trabajo se regulaba por los toques de la campana, no había ingenio sin ella, y estos tenían un carácter tanto profano como religioso. Los esclavos tenían que conocer muy bien sus diferencias, porque las de la fábrica de azúcar no coincidían con las de la plantación. Siempre estaban ubicadas en una torre que servía a la vez de campanario y de lugar para vigilar el trabajo. Durante la zafra los negros sólo dormían de 4 a 6 horas como máximo. Se trabajaba desde el amanecer hasta la puesta de sol, mientras la luz lo permitiera.

El regreso se aprovechaba para que los negros cargaran leña y cogollos para alimentar a las bestias. Las labores se rotaban, pues el trabajo del ingenio, durante la zafra, no se detenía. Después de la segunda comida, los carretoneros sustituían a los negros de la casa de calderas, los cortadores a los que introducían la caña en los molinos o a los que acarreaban el bagazo y un grupo iba a dormir, a la media noche se volvían a rotar los trabajos y así hasta el amanecer. La jornada de trabajo diurna carecía de nombre, pero la nocturna se llamaba la faena y la que llegaba hasta el crepúsculo era la contrafaena. Muchos esclavos trabajaban semi-dormidos y por eso se producían numerosos accidentes. Las masas les trituraban los brazos, caían en las pailas de guarapo hirviente, eran atropellados por los bueyes. Esas situaciones motivaron algunos comentarios, “the sugar smells of the blood of the slaves”, decía Julie Ward.⁷

Pero poco de esto era visto por el viajero invitado, éste por lo general paseaba por el batey, por la plantación, escuchaba lo que se le contaba, casi siempre por boca del dueño o en presencia de éste, y a partir de esa información deducía lo poco o lo mucho que se le ocurría pensar.

Cabe destacar que los viajeros, por lo general, no eran gratos en los ingenios cuyos dueños se caracterizaban por la crueldad, por lo cual, salvo excepciones, nunca recibían la imagen más terrible de la esclavitud. De todas formas observaban algunas cosas: el escaso número de mujeres esclavas, la forma de vida en los barracones, verdaderas cárceles; la ropa que llevaban, según trabajasen en la casa o en el ingenio, los castigos que se les podían aplicar -aunque no se los refirieran todo ingenio tenía su cepo, sus grillete y sus capataces y mayores provistos de látigos. Algunos, como el cónsul Richard Madden, por ejemplo, hizo encuestas que mostraban la crueldad de la esclavitud y las injusticias que se cometían.⁸

A veces, sin embargo, y sin establecer justificaciones a un tipo de explotación tan inmisericorde, se encuentran en los archivos informaciones sorprendentes, como la relación entre los esclavos de un ingenio y su dueño, el señor

⁷ Ward Howe, Julie. *A Trip to Cuba*. Ticknord and Fieles. Boston. 1860. p. 220

⁸ Estas encuestas fueron respondidas, en primer lugar por Domingo Delmonte, casado con Rosa Aldama, hija de uno de los más poderosos dueños de ingenios de esa época. Don Gonzalo Aldama. Interesante resulta también el diario de Richard Madden. *La Isla de Cuba: sus recuerdos, progresos y perspectivas*.

Yarini, que era además médico, durante una terrible epidemia de cólera que costó la vida a la mayor parte de los siervos y a los hijos del amo.⁹

A pesar de todo, los visitantes reparaban que existían en Cuba mecanismos legales, recogidos en los reglamentos sobre esclavos, que no estaban presentes en otras sociedades que también tenían por base la esclavitud moderna, algunos observaban “the slaves laws of Cuba are far more humane than our own”.¹⁰ Les llamaban la atención una serie de figuras jurídicas, sobre todo las relacionadas con la posibilidad de los esclavos para coartarse, es decir para dar cierta cantidad de dinero con vistas a comprar, paulatinamente, su libertad; o que pudiesen acudir a las autoridades para solicitar que se les cambiase de amo, si éste los trataba con excesiva crueldad; o que supuestamente se vendiesen las madres con los hijos, o que no se separasen las parejas.¹¹ Mucho más difícil hubiese resultado comprobar que todo esto se cumplía, porque para eso hubiesen tenido que permanecer mucho tiempo conviviendo dentro de la sociedad cubana, entonces hubieran conocido que era casi imposible para aun esclavo de ingenio adquirir su libertad mientras estuviese en una edad productiva, o que los mecanismos legales se dilataban y rara vez se cumplimentaban, o que en numerosos expedientes judiciales aparecen madres reclamando la separación de sus hijos, y otras que, habiendo pagado por la libertad de estos, no hubiesen logrado realmente separarlos de la esclavitud. En fin, las diferencias entre una visión superficial, que construye a partir de presupuestos establecidos, y la indagación profunda y sistemática que constituye para el historiador su oficio.

Pero, a pesar de todo, la esclavitud de las plantaciones, se reflejó en las imágenes de los viajeros con mayor objetividad que la urbana. La esclavitud de las ciudades y pueblos, se ha trazado con matices folklóricos que por lo general sólo tienen en cuenta, el trasiego de esclavos y esclavas en las ciudades, su participación en la vida de la familia, en los espectáculos públicos de los días festivos, el de Reyes, por ejemplo; o algunas cuestiones relacionadas con su religiosidad. Se olvida siempre que los esclavos urbanos tuvieron un trabajo, en oca-

⁹ Agradecemos esta información a los Licenciados Adrián García y Manuel Barcia que encontraron y transcribieron ese interesante documento que tiene más de cien cuartillas.

¹⁰ Op. Cit. (6). p. 221.

¹¹ Para visiones particulares sobre la esclavitud en las plantaciones resultan muy interesantes de Bremer Fredrika. Cartas desde Cuba, y de Abbot. Abiel. Cartas. (Escritas en el interior de Cuba).

siones tan intensivo como el de los ingenios, que construyeron, caminos, ferrocarriles, fortalezas y palacios, que también se resistieron ante la esclavitud, que se suicidaron, fugaron y se sublevaron cuando no pudieron soportarla. Y que todo esto está muy lejos del supuesto “patriarcalismo” con que se caracterizan todas sus formas.

Por lo general hay una visión superficial, idílica, manipulada o que tal vez proyectara solamente casos particulares, de amos bondadosos por naturaleza, a la población en general.

Para muchos en la sociedad decimonónica habanera no había “mas que amos y esclavos. Los primeros se dividían en dos grupos, la nobleza propietaria y la clase media comerciante”.¹² Así, de un plumazo la célebre condesa de Merlín, cubana de nacimiento y francesa por cultura, borraba a una parte apreciable de la población: a los integrantes de las capas populares, blancos -criollos o españoles- y negros o mestizos.

Y no es que no pudiese ser cierto que su tía María Antonia “fuese una santa mujer”, que hacía “por sus manos la canastilla para sus negras y enviaba una parte de las viandas delicadas de su mesa a sus esclavos viejos o enfermos”, ni que jamás riñera a sus negros, “antes les permite - decía -, todo género de pereza y de descuidos, así es que, excepto a la hora de la comida, se encuentra a sus negras tendidas todo el día en el suelo sobre esteras de junco, cantando, conversando y peinándose unas a otras”; ni tampoco que su hermano de leche fuese “un negro alto, de mas de seis pies, hermoso como su madre, de dulce y tierna fisonomía”, ni que “hasta mamá Agueda, la nodriza de mi madre, que vive aun”, hubiese andado dos leguas para acudir a besarle la mano cuando regresó de París.

Es que junto a este tratamiento bondadoso había otro, sórdido y brutal que no reflejaban los viajeros, el de Florencia Rodríguez, parda, vecina de la ciudad de la Habana, a quien su amo intentó ponerle un cinturón de castidad y la obligaba a vestir de varón, trabajar en la herrería y servirlo como calesero. Ella refiere: “Me presenté ante el señor alcalde solicitando que me amparara, y este señor, que está bien penetrado del carácter discolo de mi amo y lo que es más de los repetidos excesos que siempre ha cometido, siendo el principal de ellos el

¹² Merlín, Condesa de (María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo). *Viaje a la Habana*. Madrid. Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica. 1844. p. 13.

haberle puesto a mi compañera, la mulata Inés, tres argollas en la parte más secreta de la naturaleza, después de haberla tenido por mujer porción de tiempo; razón porque lo primero que hizo cuando me le presenté al señor alcalde, fue preguntarme si también llevaba argollas en mis partes, y entonces le relacioné lo que me pasaba (...)¹³

Ningún viajero relata nada similar a los terribles casos de celos, motivados por las conocidas y frecuentes relaciones sexuales, muchas veces forzadas, entre amos y esclavas, como el ocurrido cuando una linda negra de sólo 16 años fue terriblemente castigada, hasta morir, por su ama, y lo más terrible de ese hecho es que fue realizado con la colaboración de los de su propia condición. La dueña, entro en la habitación donde se planchaba y “los esclavos, como si estuvieran avisados de antemano, agarraron a la muchacha y suspendiéndola en alto la acostaron sobre la mesa de planchar (...) la pobre criatura paralizada por el terror no acertó a lanzar una voz de súplica. Diez manos vigorosas la sujetaron impidiéndole todo movimiento; el grosero túnico de rusia le fue arrebatado y sobre ella vio a la Condesa sujetando en la diestra una plancha enrojecida. Un grito horrible de dolor se alzó como una protesta contra semejante barbarie; pero el verdugo femenino como poseído de un delirio de crueldad, siguió quemando aquella carne (...) que ya no pecaría jamás este mundo¹⁴.

A la condesa de Merlin, como a muchos otros viajeros, con su visión de otredad todo le gustaba, “las frutas, los negros que las llevaban de venta, las negras que se pavoneaban balanceando sus caderas en medio de la calle con sus pañuelos en la cabeza, con sus brazaletes y su cigarro en la boca”,¹⁵ y añadía, “Entre la multitud distingo muchas negras vestidas de muselina, sin medias y sin zapatos que llevan en sus brazos criaturas tan blancas como el cisne”¹⁶, era frecuente verlas, sentadas en un rincón con los niños blancos que llevaban a pasear, junto a los niños negros que les servían de juguetes, unos desnudos en su inocencia, porque hacía mucho calor, junto a los otros con trajes de hilo y museli-

¹³ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Gobierno Superior Civil. Leg. 936, No. 33047.

¹⁴ Iglesia. Alvaro de la. Tradiciones cubanas. Instituto del libro. La Habana. 1969. p.p. 164-165.

¹⁵ Op. Cit. (8),p.15

¹⁶ Ibidem

na, como si el clima fuese diferente según las razas. La norteamericana Julie Ward se refería a: “The slave children wear oftenest no clothing until five or six years old” y añadía “They look well-fed and healthy (...)”, también expresaba: “the great familiarity between the children of the two races. They play, and run about, and are petted together”,¹⁷ tal vez porque en su país ni siquiera eso existía. Desde luego, cuando los niños se convertían en adultos, la sociedad se encargaba de marcar definitivamente la línea del color y las diferencias entre libres y esclavos.

Resulta evidente que las diferencias entre blancos, negros y mestizos con respecto a las de otras sociedades, que en muchos aspectos se preciaban de modernas, no sólo debieron existir sino ser muy marcadas, Fredrika Bremer, durante sus paseos por la Habana observaba: “he tenido siempre el placer de contemplar a la población negra, que me ha parecido más libre y feliz que la de las ciudades de los Estados Unidos. Aquí se ve, más a menudo que allá, a los negros y a los mulatos ejerciendo el comercio y a sus mujeres que por lo general, están muy bien vestidas y elegantes”.¹⁸ Desde luego ella no se refería a los esclavos, sino a las capas libres de color, en las cuales había una élite económica de la cual, por lo general, no se habla.

También Hazard observaba la relación entre los niveles sociales y la interacialidad. Los bailes de carnaval eran un momento muy particular para apreciar manifestaciones de ese tipo en los espacios públicos: “¡Santo cielo, que espectáculo nos ofrece la plaza!. Hay tal profusión de luces que nos da la sensación de estar en pleno día. La música y el baile por doquier, cantos, júbilo, diabluras, gente de pueblo de todas las edades, sexo y colores, mezcladas en una inextricable confusión, han tomado posesión de la plaza y se divierten a su modo al aire libre, en tanto que los amos y los señores tratan de hacer lo mismo bajo techo”¹⁹ La diferencia entre capas populares y señores, queda aquí muy manifiesta, pero con frecuencia, no en los espacios públicos, desde luego, sino en los privados. -los bailes de cuna, por ejemplo-, hombres blancos de la más rancia aristocracia criolla, buscaban una diversión más popular, y sobre todo sensual, junto a negros y mestizos.

¹⁷ Op. Cit. (6), p.217.

¹⁸ Bremer, Fredrika. Op. Cit. . p. 195.

¹⁹ Hazard, Samuel. Cuba a pluma y a lápiz. la Habana. pp 122-123

La rica familia criolla es descrita, con una imagen esclarecedora por la condesa de Merlín “Por grande que sea la casa de mi tío, apenas bastará para su familia y sus criados, tiene diez hijos, otros tantos nietos y mas de cien negros para su servicio”. Los esclavos medían la riqueza del dueño, y ningún criollo que se preciara de su opulencia, podía prescindir de tener una legión de ellos.

Todos los viajeros que visitaban a Cuba, en el mes de enero, se referían a la Fiesta de Reyes, pocos sabían que cosa eran los cabildos de negros, como habían sido organizados desde el poder para controlar a los esclavos, cuando habían sido excluidos de la ciudad amurallada, por considerar que afeaban su entorno o porque molestaban con sus “toques de tambor” a los más ricos habitantes que se habían expandido por toda esa zona de la ciudad; también desconocían la forma en que eran manipulados por la administración colonial para dividir y subvertir a los negros y mestizos, africanos o criollos, y mucho menos que el Rey del Cabildo era, a los efectos legales, el representante oficial de su “nación” ante el Capitán General. Pero la fiesta de Reyes les fascinaba, como también los caleseros en sus volantas, o los esclavos negros en los entierros de blancos.

La fiesta de Reyes se celebraba el 6 de enero, fecha que no tenía ninguna relación con las tradiciones africanas y que tal vez se aprovechaba porque uno de los tres Reyes Magos, era negro. Ese día los esclavos que oficiaban como reyes de los cabildos se engalanaban con prendas de vestir y atavíos usados por los blancos: casacas galoneadas, camisas almidonadas, enormes corbatas, sombreros de dos picos, anchas y chillonas bandas cruzadas sobre el pecho, condecoraciones, espada al cinto y un gran bastón con puño de plata en señal de autoridad. Todos estos aditamentos, constituían símbolos de poder. Cabe destacar que una forma de ascenso social para los negros y mestizos era su pertenencia a los batallones de pardos y morenos, razón por la cual no sería ocioso encontrar alguna relación entre esta institución paramilitar y las vestimentas que adoptaba el sudodicho “rey”. Las “reinas”, por su parte, lucían sus mejores adornos, vestidos regalados por sus amas y mantones de colores. Pero el papel más atractivo en esta celebración era el del “diablito”, encarnado siempre por un negro atlético, que llevaba en la cabeza un gran casco de paja, una falda de hojas de palma y otras rústicas prendas de vestir y que bailaba desenfrenadamente a la usanza africana. Los negros del cabildo, también danzaban y cantaban, agradecían a sus dueños el poder celebrar la fiesta y al final recibían dinero y golosinas. Iban de una casa a otra repitiendo esa función.

Con la abolición de la esclavitud, en 1886, desapareció la Fiesta de Reyes, entonces los negros libres, y también algunos blancos, llevaron a las comparsas de las fiestas de carnaval parte del espectáculo, imitando a los antiguos esclavos marcando el compás “de aquella preciosísima salutación que -decía María Luisa Ximeno-, nunca, nunca he olvidado (...):”

Buenos días mi su amo.
Lo venimo a saludá
Con el machete en la mano
Que nos vamo a trabajá.

Y vamos todos, mi mayoral
Y a las cuatro de la madrugá
Y vamos todos a trabajá²⁰

Los caleseros también asombraban a los viajeros, que no esperaban encontrar a esos negros, elegantemente vestidos, porque sus atavíos representaban el poder y la categoría de sus amos. De todos los esclavos era el calesero el más reconocido, transportaba a la familia, la esperaba fuera de espectáculos, salones, o casas y conocía casi todos los secretos de la parentela. Esa confianza, también implicaba peligro, por cualquier desliz o comentario inadecuado el calesero podía ser enviado a las plantaciones de azúcar o de café.

No hay viajero que obvie la imagen del calesero conduciendo la volanta, elegante, obedeciendo las órdenes sin voltear la cabeza. Y junto al conductor se describía el tipo de vehículo, con sus enormes ruedas que impedían que se volteara en las cenagosas calles de la Habana, sobre todo en la época de las lluvias: “A las (...), las mujeres con la cabeza cubierta y flores naturales en ella y los hombres de frac y corbata, chaleco y pantalón blanco (...) van al paseo de Tacón (...) Por todas partes se deslizan las volantas, dignas de ese nombre²¹

También está presente el mito de esas criollas que no se bajaban nunca para hacer sus compras y esperaban en sus carruajes a los solícitos dependientes que les llevaban todo tipo de géneros para su cuidadosa selección: “Al volver del paseo las mujeres van a hacer sus compras (...) al fin se paran delante de una

²⁰ Ximeno y Cruz, Dolores María. Aquellos tiempos (...) Memorias de Lola María. Colección Cubana de Libros y Documentos Inéditos o Raros, dirigida por Fernando Ortíz. Imprenta y Librería El Universo, La Habana. 1930, vol.7, tomo 2, p. 293.

²¹ Op. Cit. (8).p. 16.

tienda, y los géneros mas ricos y todos los caprichos de la moda se van desplegando sobre sus rodillas en mitad de la calle”²² Desde luego que había muchas mujeres de a pie, y no sólo negras o mestizas, como se refiere, sino criollas humildes que tenían que trabajar, hacer las compras, y también distraerse en los únicos lugares a que su precaria economía les permitía acceder: las plazas públicas; pero esta imagen, por común, no llamaba la atención y no era recogida en los diarios.

La idea de la muerte no tiene para los cubanos la trascendencia que asume en otros pueblos, el mejicano, por ejemplo. Es un hecho que cuesta trabajo asumir, difícil de olvidar para la familia, pero también una forma de encontrarse viejos conocidos. Los entierros y velorios constituían verdaderos espectáculos públicos, donde la sociabilidad, las costumbres, y también las clases sociales se ponían de manifiesto. Este carácter de representaciones organizadas, hacía que llamasen la atención de los viajeros: “El entierro de una persona de alto rango se hace en la Habana con una pompa que parece pagar anticipadamente la deuda de los recuerdos. Colocan el cuerpo en un carruaje de cuatro ruedas (...). Los clérigos y las comunidades de frailes van rezando en alta voz junto al carruaje y en seguida se ve un gran número de negros de gran librea, adornados de galones y de escudos de armas y en calzón corto, caminando en dos filas, con cirios en la mano. Los quitrines de lujo cierran la comitiva que se prolonga hasta lo infinito (...). Las familias de la Habana tienen la costumbre de prestarse sus esclavos para mayor ostentación en sus entierros”. Se refiere la viajera que hace ese relato, a que como los esclavos no tenían por costumbre vestirse con esas ropas de lujo “se desabotonan, jadean, se remangan las camisas y los sombreros apenas conservan el equilibrio”.²³ A los norteamericanos les llamaba la atención, sobre todo, el tipo de vestimenta que debían llevar los esclavos en un sepelio “We met numbers of negroes in long blue coats, trimmed with red and other colored facings and cuffs, whith cocked hats and broad bands upon their heads, and these, we were told, weare dressed to attend a funeral”.²⁴ Pero también observaban que si la persona era pobre, todo se comportaba de manera diferente: “We saw the burial of and old lady, who had once a sugar state, and was con-

²² *Ibidem*.

²³ *Ibidem*, p. 50.

²⁴ Gibbers, Robert Wilson. *Cuba for invalids*. W.A. Towsend and Co., New York. 1860. pp. 73-74

nected with some of the best families, but was now poor; she was taken to the cementery by four negroes, and from the coffin was thrown into the grave, three feet deep, and the earth piled upon her. No service was held, and no persons attended, because she was poor”²⁵.

De manera puntual se refieren al espectáculo que constituía una velada de muertos en la Habana, y a las formas de sociabilidad que se producían en ella: “El cadáver se expone, rociado de agua bendita, sobre unos cuantos escalones dispuestos en forma de altar que se elevaban a la altura de unos doce pies se veía el cadáver lívido y rodeado de cirios (...)”, pero para ese supuestamente trágico y particular acontecimiento, “habían abierto las puertas y se permitía la entrada a todo el mundo”. La viuda y los parientes no estaban en ese local, sino que ocupaban una casa inmediata, donde la pobre mujer debía mantenerse en medio de personas que hablaban de todo, menos del muerto. Y añadía, Era el espectáculo “menos análogo a la tristeza y al silencio de las ceremonias mortuorias. Cerca de 40 personas formaban grupos animados, los mas jóvenes jugaban juegos de prendas, otros hablaban en voz alta, y alternaban la conversación con grandes carcajadas (...), otras contaban sobre el muerto, sus virtudes, su riqueza y todas las particularidad de la enfermedad que padeció”. El médico que lo había atendido durante su enfermedad “tomaba parte en los juegos de prenda, traía chocolate a ésta, confites a la otra, vino moscatel a la vieja, charlaba, reía, fumaba, mostraba una alegría contagiosa que traía alborotada a toda la sala. A las doce de la noche el escándalo era general...El muerto se mantuvo quieto y los vivos se fueron a cenar”.²⁶ La condesa de Merlín, relatora de esas costumbres, aclaraba, dejando a salvo a su clase, que estas prácticas correspondían a las clases medias y nunca a la aristocracia.

Pudiéramos seguir llenando muchas cuartillas sobre ese imaginario construido desde la otredad y casi siempre asumido por los cubanos, sobre una sociedad, alegre, bailadora, superficial, donde la tragedia pierde importancia y la diversión ocupa un primer plano, donde pocos trabajan y muchos disfrutan, y donde, al parecer, nada tiene mucha importancia. Pero no podemos dejar fuera el mito de la mulata, porque en una sociedad mestiza como la cubana ocupa un lugar primordial y además porque ha sido utilizado, desde fuera y desde dentro para construir una imagen sobre su particular identidad cultural.

²⁵ Ibidem, p.13.

²⁶ Op. Cit. (8) P. 58.

Al mito de la mulata contribuyeron no sólo los viajeros, sino mucho más la literatura, y también las imágenes creadas por las marquillas de tabaco. En todas estas expresiones se sumaba a la discriminación racial, de fuerte raíz esclavista, la relativa al sexo. La mulata cubana - el término según algunos contemporáneos tenía un origen peyorativo al derivarse del carácter híbrido de la mula, hija del asno y la yegua-, era producto del cruce entre el hombre blanco y la mujer negra. La herencia la inclinaba a la estirpe paterna tendiendo a su “blanqueamiento” en las sucesivas generaciones. En Cuba se dice, no sin intención, que fue el único, pero excelente invento de los españoles de la Isla.

Resultado de una realidad muy concreta, el elevado índice de masculinidad a favor de los hombres, y las indudables prerrogativas de los blancos, el mestizaje en la sociedad cubana fue cotidiano y no sólo entre amos ricos y esclavas de excepcional belleza, como se traduce a partir de la Cecila Valdés de Cirilo Villaverde; sino entre las clases medias y las capas populares, sobre todo en estas últimas.

El mito de la mulata, quien por lo general era y es una mujer de excepcional belleza, hacía que fuese vista, solamente como un objeto de placer sexual: “todo en ella es suave, todo en ella es dúctil, todo en ella es mórbido”.²⁷ Se insistía, tratando de transmitir un mensaje educativo y moralizador construido a partir de los blancos, o más bien de las blancas, en que los privilegios económicos y la situación social que podía alcanzar a partir de sus características físicas era breve, duraba lo que su belleza. De divulgar esta construcción se encargaron autores de obras de teatro: “(...)el tiempo de mi grandeza, durará lo que mi belleza, apagada ésta no seré otra cosa que la mulata Julia, hija de la negra Juana”²⁸; literatos como Villaverde o Morúa Delgado a partir de Cecilia Valdés o de Sofía, por ejemplo; y dibujantes de marquillas de cigarros que dedicaron toda una serie a divulgar la “Vida y Muerte de la Mulata”, que la equiparaba con la prostituta: la mestiza perdía su virginidad engañada por un blanco, llevaba una vida de placer y lujo y al final, arruinada su belleza física, moría abandonada y enferma en la Casa de Recogidas. El pintor español Landaluze, por su parte, reflejó imágenes que han perdurado, la mulata de rumbo, ataviada para el baile, la negra curra, con una vestimenta exagerada y

²⁷ Esponza, Eduardo. *La Mulata*. la Habana. 1878

²⁸ Quintana, José María. *La Mulata de Rango*. la Habana. 1891.

provocadora, pero sin embargo nunca dirigió su atención a otras condiciones que particularizaban sus expresiones, como si lo hizo la célebre condesa de Merlín al expresar: “Dos días hace que me despierta por la mañana el sonido de una voz fresca y juvenil que canta un motivo del Pirata. Es una linda mulata, esclava de mi prima Encarnación. Afinada, pura, y de grande extensión, sería esta voz un tesoro para el teatro italiano. Y la piel color de cobre de la mulata una gran novedad al lado de las mejillas rosadas de las Persianis y de las Grisis.”²⁹

O como señala Lola María Ximeno, al referir que: “relegada desde tiempo inmemorial la mestiza, en la intimidad, solo en una esfera muy reducida y humilde (...) entre ellas, tenían sus fiestas ” y añadía citando a una obra contemporánea ³⁰, cómo en estas actividades , se bailaba y se cantaba al compás de las palmadas que constituían el único fondo orquestal, la siguiente copla:

Ahora, ahora
Y hoy es tu santo señora..
Ahora, ahora.
Y hoy es tu santo, señora.

Y una de ellas canta para que responda el coro:

¿Dónde están los diamantinos
Dónde están que no los veo?
Yo me voy a Isla de Pinos
Adonde está mi deseo.

Ahora, ahora.
y hoy es tu santo, señora.

“El compás y la armonía que todas llevaban entre sí, con esta sencilla canción, es increíble, y lo bien que bailan comprueba su gusto por el baile y la música” y añadía, tiene el “oído fino , baila tan a compás de la música que pisa la cuerda. Ahí está la mulata en su elemento, pues ama la música y el baile y para ambas cosas tiene dotes especiales, es muy común en su clase improvisar danzas y canciones, las que tienen dulces armonías y marcado compás”³¹

Pero lo cierto es que las mujeres negras y mestizas eran doblemente desestimadas, muchas arrastraban un pasado de uniones consensuales, hijos ilegíti-

²⁹ Op. Cit. (8). p. 28.

³⁰ Otero y Marín, Ramón. La Mulata. (s/e), la Habana 1856.

³¹ Op. Cit. (16). p.

mos y marginación social y cultural que se esforzaron por redimir. Tal vez por ello estuvieron siempre más interesadas en salvaguardar sus derechos, no sólo los que hemos visto que defendieron desde su posición de esclavas, sino también los que asumieron como mujeres libres.

Muchas se destacaron como comadronas y maestras, desde los primeros siglos coloniales. se preocuparon por cultivar su intelecto y llegaron en los años ochenta del XIX a tener una revista, cuyas redactoras eran todas “de color”, y que titularon Minerva.³² porque para estas mulatas el símbolo escogido no era el de la hermosa Afrodita sino aquel que representaba el poder de la inteligencia y del valor. Desde las páginas de esta publicación desplegaron un interesante discurso sobre la forma en que su estamento debía asumir el progreso, defendieron la educación de la mujer, el matrimonio civil, que garantizaba el futuro de los hijos, y proyectaron un mundo paralelo en espectáculos, recepciones y fiestas al de las mujeres blancas, sin que por ello consideraran la exclusión racial.

Se caracterizaron por defender los intereses femeninos, en los años coloniales, en que las mujeres blancas parecían asumir posiciones más conservadoras. Fundaron sociedades de color que excluían a los hombres de la posibilidad de presidirlas, y fueron el centro de muchas familias que debieron a ellas su ascenso cultural y económico.

En los años ochenta, una canción popular recorría
la Isla:
¡Yo tengo una mulata,
Que es la flor!
Qué se llama María
María, María
Y es mi ilusión!

¡Tiene para mí sus o.....
Tiene para mí su bo.....
Tiene para mí su ca.....
Y toítico lo demás!³³

Pero en el imaginaron construido, esa mulata culta, progresista, feminista, no es la que ha trascendido, de igual forma que el teatro bufo tuvo su “negri-

³² Barcia, María del Carmen. "Mujeres en torno a Minerva", Rábida, nº 17. Huelva. 1998. p. 113-120

³³ Op. Cit. (16). p. 290

to catedrático”, y su gallego tonto y avaro, tuvo también su mulata “sandungue-
ra”, es decir, divertida, provocadora y callejera. Es esa imagen, elaborada por
los bufos de Salas, y representada por Elvira Meireles, la que también trascen-
dió a finales del siglo XIX:

Quien es esa mulatona
Que allí por la calle va.
Y metiendo tanto ruido.
Con su saya almidoná.
¿Quién es?.....

Que van diciendo: ¡Candela!
¡Qué se quema el polvorín!.
¡Andando con esa gracia
Que llena de fuego está
Y haciendo con la chancleta.
¡Chi qui chi. qui chi qui chá!.

Sonriendo con esa boca
De azúcar, de miel y sal
Y haciendo con la chancleta.
¡Chi qui chi. qui chi qui chá!³⁴

Y esa, como otras imágenes construidas, es la que ha perdurado, para bien
o para mal, caracterizando tipos y formas de una sociedad tan compleja, diver-
sa y múltiple, como es la cubana.

³⁴ *Ibíd*em p. 298.